

asemejaria al sueño que á la vigilia. Mas el sueño no es la vida; mucho ménos, la vida en su plenitud: no es más que vivir á medias.

El cuerpo, sembrado animal, resucitará espiritual (1); será *sutil*. La sutileza es una de las cualidades principales de los espíritus, y la de los séres espirituales excede infinitamente á la de los corpóreos. Los cuerpos gloriosos serán, pues, muy sutiles. La sutileza de un cuerpo consiste en poder penetrar al través de otro cuerpo casi del mismo modo que el rayo luminoso penetra el vidrio sin alterarlo. Dos causas naturales la hacen posible: la tenuidad del cuerpo que penetra y la existencia de poros ó espacios vacíos en el cuerpo que es penetrado.

Mas el verdadero principio de la sutileza de los cuerpos gloriosos será su perfecta sumision al alma glorificada. El primer efecto de esta sumision será hacer que el cuerpo participe, dentro de los límites de lo posible, de la naturaleza, y por consiguiente, de las operaciones del alma. Así es como ningun obstáculo se opone á las más íntimas comunicaciones de los santos entre sí mismos y con todas las partes de la Jerusalem gloriosa (2).

Mas en medio de todo, los cuerpos gloriosos permanecerán siendo palpables. Reformados conforme al modelo del cuerpo del Verbo resucitado, tendrán las cualidades del mismo. Pero el cuerpo del Verbo resucitado era palpable: "Palpad y ved, decia el buen Maestro á los discípulos asombrados, los espíritus no tienen carne y hueso, como estais viendo que yo los tengo (3). Esto es un artículo de fé sancionado por la Iglesia en la condenacion de Eutiques, pa-

1. I Cor., xv, 44.

2. S. Th., Supl., q. 83, art. 1.

3. Luc., xxiv, 39.

triarca de Constantinopla; que sostenia la impalpabilidad de cuerpos gloriosos (1).

Sembrado flaco, resucitará vigoroso (2); por consiguiente, *ágil* y lleno de vida. *Ágil* quiere decir, con facilidad para moverse. Luego los cuerpos gloriosos serán ágiles: á más de que la lentitud repugna esencialmente á la espiritualidad; y como los cuerpos gloriosos gozarán en alto grado de la espiritualidad, serán sin duda extremadamente ágiles. Por otra parte, el alma está unida al cuerpo, no solo como forma ó principio vital, sino tambien como motor. Bajo uno y otro aspecto, el cuerpo glorioso le estará perfectamente sometido. Por la sutileza, el cuerpo perfectamente sometido al alma como forma, recibe de ella un sér específico, y perfectamente sometido al alma como motor, recibe de ella la facilidad extrema de moverse, que se llama agilidad (3).

Poderse trasportar de un lugar á otro, diste lo que distare, y esto sin fatiga y en un instante imperceptible, y volver al punto de partida con la misma prontitud, será la deliciosa prerogativa de los cuerpos gloriosos. Deliciosa la llamamos; porque entre todas las cualidades de los cuerpos, la agilidad es la que el mundo actual anhela más ardorosamente. Ya no sufre que haya distancias: la pesadez de la materia le molesta, quiere á toda costa verse libre de ella. Lejos, pues, de nosotros, el pensamiento de que en el cielo reinará la inmovilidad y que estaremos allí como estatuas en sus nichos. El movimiento y la agilidad que ahora tenemos, no son más que una sombra de la agilidad y el movimiento que reinará en la Ciudad del Espíritu Santo (4).

1. S. Th., ubi supra, art. 6.

2. I Cor., xv, 15.

3. S. Th., ubi supra, q. 84, art. 1.

4. S. Th., ubi supra, art. 2-3.



Sembrado innoble, el cuerpo resucitará glorioso (1); por consiguiente, *luminoso*. Este es el sentido que el Apóstol mismo da á la palabra glorioso, supuesto que compara la gloria de los cuerpos resucitados á la claridad de las estrellas. Ya hemos dicho la razon por qué los cuerpos de los santos serán luminosos, así como todos los cuerpos materiales.

Añadamos que esta luz les vendrá de la luz superabundante del alma glorificada, que quedará como compenetrada y envuelta en ella, y que, señora absoluta del cuerpo, al que estará unida con la union más íntima, lo penetrará á su vez de parte á parte, y lo envolverá completamente en una atmósfera de luz.

Esta atmósfera luminosa será tanto más brillante, cuanto que el alma será más santa, es decir, más unida á Dios, luz infinita. Así, por la claridad del cuerpo se juzgará de la gloria del alma, como al través del cristal se conoce el color del líquido contenido en la copa (2). El cuerpo glorificado por el Espíritu Santo será, pues, impasible, sutil, ágil, luminoso; y no por espacio de un día ó durante una serie fugaz de más ó ménos años, sino por toda la eternidad. ¡Oh hombres! ¡Amais tanto vuestro cuerpo y no anhelais el cielo!

De esta glorificacion general resultará el ennoblecimiento de todos los sentidos y la satisfaccion particular que conviene á cada uno de ellos. Por una parte, el hombre estará en el cielo, no truncado ó aminorado, sino íntegro y perfeccionado: por otra, los sentidos no estarán solamente en potencia sino en acto; supuesto que la facultad en acto es más perfecta que la facultad en potencia, y que todos los

1. I Cor., xv, 43.

2. S. Th., *ibid.*, q. 85, art. 1.

sentidos, habiendo sido instrumentos del alma, serán recompensados segun los méritos de la misma (1).

No entraremos á detallar los goces de cada sentido en particular, ni de las diferentes facultades del alma (2). Baste con observar, que esos goces serán *reales* y estarán en armonía con los sentidos perfeccionados sin alteracion de su naturaleza (3). Por lo cual, nada nos precisa á tomar en sentido figurado lo que la Escritura dice de los placeres sensibles reservados á los bienaventurados: "Quiero ver, escribia David, los bienes del Señor en la tierra de los vivientes (4)."

Sobre lo cual Cornelio á Lapide, resumiendo la enseñanza de los doctores se expresa de este modo: "Por esto, el rio del paraíso, los árboles y los frutos se pueden tomar á la letra como suenan. ¿Y por qué no? Si en el paraíso terrenal gozó de ellos Adán, con mayor razon los bienaventurados disfrutarán de los mismos en el paraíso del cielo: pues el primero no fué sino como una muestra y figura del segundo (5)."

Fuera de esto, los placeres de la vista, del oído, tacto y olfato se admiten sin dificultad; solamente los goces del gusto parecen disputables. Para hacerlos, pues, aceptar, se

1. Corpus praemiabitur vel punietur propter merita vel demerita animae. Ergo et omnes sensus praemiabuntur in beatis, &c., S. Th., *ubi supra*, q. 82, art. 4.

2. Lo hemos explicado en el *Catecismo de Perseverancia*.

3. Oculi, aures, os, manus, guttur, jecur, pulmo, ossa, medullae... beatorum mirabili delectationis et dulcedinis sensu replebuntur. S. Ansel., *de Similit.* c. LVII.

4. Psal. xxvi.

5. Quocirca fluvius hic, arbores et poma ad litteram, uti sonant, accipi possunt. Quid enim obstat? Nam si his in paradiso terrestri fructus est Adam, multo magis iisdem fruuntur beati in paradiso caelesti, hujus enim specimen et imago fuit terrestris. In *Apoc.*, xxii, 2.



puede advertir que el sentido del gusto, lo mismo que los otros, no puede ser privado de su recompensa, toda vez que la ha merecido con los ayunos, abstinencias y austeridades de todo género, como se echa de ver en tan gran número de santos; que el comer y beber no se ordenarán como en la vida presente, á reparar las fuerzas del cuerpo, sino á procurar al sentido del gusto su legítima satisfacción; que habiendo consistido el alimento primitivo del hombre inocente en frutos y no en carnes, de los mismos volverá á alimentarse el hombre regenerado; que el cuerpo espiritualizado espiritualizará el alimento, de suerte que esto no dará lugar á ninguna de esas consecuencias, humillantes ó penosas, que ocasiona en las condiciones de la vida terrestre (1).

A la enseñanza de los doctores se agrega, en prueba de lo que decimos, un hecho cuya autenticidad no ha sido nunca desmentida. El año de 304, en lo más recio de la persecucion de Diocleciano, una virgen cristiana llamada Dorotea, fué llevada al tribunal de Sapricio, gobernador de Cesarea en Capadocia. Era el 6 de Febrero. Negándose la esposa de Jesucristo á ofrecer sacrificios á los demonios, fué extendida en el caballete. Tranquila en medio de los tormentos, dijo al juez: "Date prisa de poner por obra tus intentos, y sean los suplicios el camino que me conduzca hasta mi esposo. Yo lo deseo: no vaciles: hasta anhelo ser atormentada: mi esposo me está llamando. Por estos sufrimientos cortos y lijeros nos encaminamos al paraíso de las delicias, donde hay manzanas de maravillosa hermosura y rosas, y lirios, y flores innumerables que nunca se marchitan; fuentes de aguas vivas que jamás se agotan y que hacen las delicias de los santos que allí moran, inundados de gozo, llenos de la alegría de Cristo."

1. Véanse las autoridades citadas por *Corn.*, *ubi supra*.

Quando esto dijo, el asesor del juez, que era un letrado, un Renan de entonces, llamado Teófilo, le dice en son de burla: "Envíame algunas de esas manzanas del paraíso de tu Esposo cuando llegues allá.—Lo haré, repuso la jóven mártir (1)." No olvidemos que se hallaban en el corazón del invierno. El verdugo se apodera de la víctima y le corta la cabeza.

Entretanto, Teófilo se habia vuelto á su casa; y jactándose de su chiste, lo contaba á sus amigos con gran copia de chanzonetás y burlas dirigidas contra los estúpidos cristianos. De repente, se le presenta un niño de maravillosa hermosura, que llevaba en la falda de su vestido tres magníficas manzanas y tres rosas de un color y una frescura incomparables. "Aquí tienes, le dijo á Teófilo, lo que la santa virgen Dorotea te ha prometido enviarte del paraíso de su Esposo." Pasmado Teófilo, tomó en sus manos las manzanas y las rosas y exclamó: "¡En verdad Cristo es Dios y Dios que no engaña!"

Al hacer esta profesion de cristiano, pronunciaba Teófilo su sentencia de muerte. Pocas horas pasarán y se le verá conducido al suplicio y convertido en uno de los más gloriosos mártires de aquella misma fé de que se habia burlado. Y como nunca hombre alguno se dejó cortar el cuello por una cosa simbólica, resulta que aquellas manzanas y rosas eran real y verdaderamente rosas y manzanas (2).

*Luz.* Dios no es solo eternidad; sino tambien luz. Así mismo, nuestro cuerpo trasfigurado será luz, nuestro espíritu será luz y luz sin sombra. Al modo que nuestros ojos

1. *Mitte mihi poma é paradiso sponsi tui, cum eo perveneris. —Faciám inquitilla.*

2. *Baron.*, an. 304, n. LXIX; *Corn.*, á *Lap. Apoc.*, xxii.—En algunas partes se conserva todavía el uso de bendecir frutas el día de Santa Dorotea en memoria de este milagro.



verán todas las bellezas sensibles, cuyo deslumbrante fulgor podrán soportar sin cansarse, así nuestro espíritu, en quien vivirá el Espíritu Santo con la plenitud de que es capaz una criatura finita, conocerá todas las bellezas espirituales, conviene á saber, toda la verdad, *omnem veritatem*. Entonces quedará completa y eternamente satisfecho uno de los deseos más ardientes del hombre.

Infatigable investigador de la verdad, ¿qué hace desde la cuna hasta el sepulcro? Apenas, despertando del sueño de la infancia, entra en la vida de la inteligencia, pregunta por la verdad á todo lo que le rodea, como pide el pan de que se alimenta. ¿Qué hace durante todo el curso de su existencia sino mendigar la verdad, verdad en religion, verdad en política, en historia, en filosofía, en matemáticas, en industria, en artes, en comercio, en agricultura? Vedle encerrándose durante largos años en fatigosas escuelas, emprendiendo viajes penosos, cruzando mares, subiendo trabajosamente hasta la cima de las más altas montañas, bajando hasta las entrañas de la tierra y consumiéndose en vigili-  
as prolongadas, que le hacen gastarse antes de tiempo. ¿Y para qué todo esto? Para conocer alguna verdad más. Inconsolable si el éxito no corona sus esfuerzos, se reputa feliz cuando logra robar á la naturaleza uno solo de sus secretos, ó descifrar un enigma de la historia, ó columbrar la más pequeña belleza del mundo espiritual.

Y sin embargo, ¿qué son todas estas verdades investigadas á costa de tantos trabajos? no son mas que partículas, átomos, sombras vistas á través de otras sombras. Mas el cielo será la vision de la verdad, de toda la verdad contemplada cara á cara y sin velos. Una vez introducidos en el santuario de la Santísima Trinidad, conoceremos á Dios; lo finito conocerá á lo infinito; lo verá tal como es: *Videbi-*

*mus eum sicuti est*. A este Dios tan grande, tan incomprendible, del cual tanto hemos oido hablar; sin haberlo visto jamás, lo conoceremos, lo veremos, con esto está [dicho todo.

En El conoceremos los consejos más íntimos de la sabiduría eterna; la creacion del mundo, la caída del ángel y del hombre, la redencion del universo, todas las revoluciones materiales y morales que por espacio de seis mil años asombran y desafian á la ciencia. Se nos mostrarán con toda claridad todos los secretos de la naturaleza y de las almas que se tornarán transparentes; y este conocimiento prodigioso irá en aumento sin llegar jamás á su último límite: *De claritate in claritatem*.

Amor. Dios es amor, y el cielo es el reino del amor infinito obrando con toda la libertad de sus movimientos. El hombre, imágen de Dios, es tambien amor. Si es verdad que amar y ser amado es la necesidad más imperiosa del corazon del hombre, tambien lo es que amar y ser amado es la necesidad más imperiosa del corazon de Dios. Si es verdad que en amar y ser amado consiste la felicidad del hombre, tambien lo es que en amar y ser amado consiste la bienaventuranza de Dios. Si es verdad que el amor tiende á la union, y el amor eterno á la union eterna, y el amor infinito á la union infinita, ¿quién podrá explicar la intimidad de la union de Dios con el hombre? ¿Quién será capaz de imaginar sus encantos y trasportes?

Los cuales serán tanto más grandes cuanto que irán acompañados de la certidumbre de que no se han de acabar jamás. Océano de vida, océano de luz, océano de amor; eso es Dios, y en este triple océano vivirán por siempre jamás los habitantes glorificados de la Ciudad del bien.

Conocemos ya el término final á que el Espíritu Santo



conduce á la humanidad, que es dócil á su accion. Réstanos nombrar la morada eterna á que el Espíritu del mal arrastra á sus adeptos: es el último rasgo de paralelismo entre la obra divina y la satánica.

El cielo de Satanás es el infierno.

Vida y vida eterna, luz y luz eterna, amor y amor eterno, dicha y dicha eterna: *Bienaventurados, Señor, los que moran en tu casa: por los siglos de los siglos te alabarán* (1). Hé aquí el cielo del Espíritu Santo.

Muerte y muerte eterna, tinieblas y tinieblas eternas, odio y odio eterno, tormentos y tormentos eternos: *Serán atormentados día y noche por los siglos de los siglos* (2). Tal es el cielo de Satanás.

Entre estas dos mansiones no hay medio. A cada instante entra la humanidad en la una ó en la otra, y entra para no salir. ¿Cómo evitar el infierno y llegar al cielo? Cual es la vida tal es la muerte. Vivir bajo el imperio del Espíritu Santo, á fin de morir en su gracia; morir en la gracia, á fin de reinar en la gloria; en esto se encierra todo para el hombre, y para las sociedades lo mismo. Aunque estas no vayan en cuerpo al otro mundo como los individuos; ¡ay de las que se sustraen á la accion del Espíritu de justicia y de verdad! Dan miedo y compasion; su verdadera historia no puede escribirse más que con lágrimas, con sangre y con lodo. Pero ¿cómo haremos para vivir bajo el imperio del Espíritu Santo? Tributándole aquel culto que puede merecernos sus favores. ¿Qué culto es este? Nos lo enseñarán los capítulos siguientes.

1. Ps. LXXXIII.

2. Apoc., xx, 10.

## CAPITULO XLI.

### EL CULTO DEL ESPIRITU SANTO.

SUMARIO.—Desproporcion entre el trabajo y la recompensa: explicacion.—El mundo debe dar culto al Espíritu Santo.—Predicadores de este culto: Dios, Nuestro Señor Jesucristo, los Apóstoles, los Padres, la Iglesia.—Testimonios.—Necesidad que al presente hay más que nunca del culto del Espíritu Santo.

¡Arriba los corazones: *Sursum corda!* Los sufrimientos de esta vida son nada, si se tiene en cuenta la gloria futura que se revelará en nosotros. Al pensar en el fruto de la vida eterna, si queda algun rayo de verdadera luz, algun sentimiento de noble ambicion, deberemos exclamar con el Apóstol: *Para ganar el cielo todo lo he dado por perdido.* Candidatos como somos de la eternidad, debemos imitar á aquel negociante en piedras preciosas, de quien nos habla el Evangelio. Encuentra una perla que vale por sí sola un tesoro. En vez de gastar su tiempo y su dinero en buscar y comprar otras piedras, compra aquella y se hace el más rico y feliz de los negociantes.

¿Y cómo tan gran recompensa por tan poco trabajo? ¡Lo infinito por lo finito! ¿Qué misterio es este? El Espíritu Santo es el amor infinito; y el cielo es el reino del amor infinito. La proporcion que de aquí resulta no la sabemos; pero es un hecho indudable. De él nos sale garante la palabra divina y nos lo hacen sensible algunas imágenes que cualquiera puede ver. ¿Quién no ha visto la hermosura, la magnitud, la prodigiosa multiplicidad de los frutos de al-